

M I C R Ó S

EN EL ALMA DEL BARRIO

Por Carlos VALDES

LA CRÍTICA unánimemente ha acordado calificar a Angel de Campo, Micrós (1868-1908), como un creador de personajes memorables, y no de entes retóricos a los que el olvido cubre con una piadosa capa de polvo. El aserto parece haber sido confirmado (pues el tiempo no afecta a los escritores auténticos) por la reciente reedición de algunas de sus obras.¹

Un favorable panorama histórico enmarcó el nacimiento de Micrós. Diríase que apareció en el momento oportuno. A partir de la Independencia una serie de guerras y revoluciones había retardado el desarrollo de las letras nacionales. Los breves períodos de paz no eran suficientes para que los escritores recogieran los frutos deseados. Al fin triunfó, en 1867, la causa liberal, y un año después² Ignacio M. Altamirano, con miras a un renacimiento literario, fundó una revista. En ella colaboraron todos los escritores, sin distinción de banderas políticas. Esta publicación desapareció pronto; pero marcó el punto de partida a una época de auge: las manifestaciones artísticas y culturales de toda clase se acrecentaron.³ Altamirano, como es natural, siguió brillando en la bonanza que él había auspiciado en gran parte. Los escritores, especialmente los jóvenes (entre ellos se contaba Micrós), continuaron beneficiándose con su entusiasta labor de maestro. "Y en Micrós vio Altamirano un extraordinario caso de poeta observador, de analista imaginativo. 'He aquí —exclamó en público— un elemento de selección para la obra magna de la literatura nacional'", y este testimonio que recogió Luis G. Urbina no fue vano. Una vez más quedó demostrada la perspicacia de Altamirano para descubrir a los futuros valores.

En la paz pudo multiplicarse la pequeña burguesía mexicana. El número cada día mayor de lectores reclamaba un escritor que, saliendo de su clase, fuera capaz de hablar por ella, y de pintarla en sus alegrías y en sus penurias.

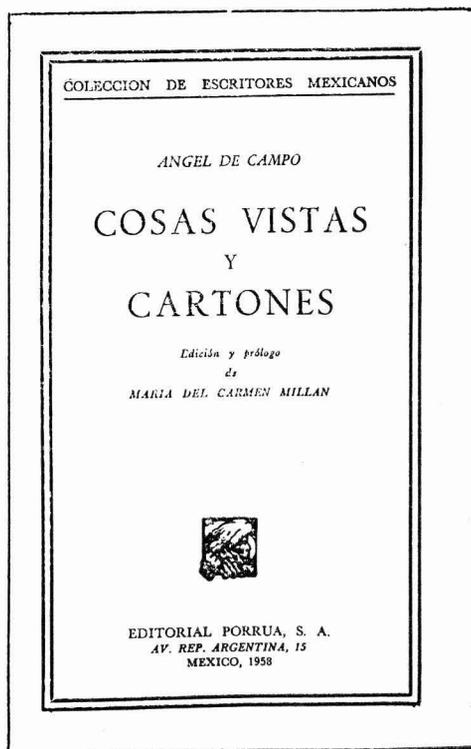
Los temas mexicanos ya habían sido explotados con suerte más o menos variada. (Claro que un escritor nunca es producto puro de la inspiración y que sin la tradición no hay gran literatura.) Guillermo Prieto, Facundo, Hilarión Frías y Soto, entre otros, ya habían cultivado el cuadro de costumbres mexicano; pero adquiere un brillo auténtico y personal en la pluma de Angel de Campo. Y, lo que es más importante, éste supera sin duda a los cuentistas de su generación. La memoria no logra encontrar antes personajes de la calidad humana del Profesor Quiroz y del Chato Barrios. Más que personajes, seres vivos que encajan dentro de la realidad, y que participan de una mexicanidad que entronca con la esencia de lo humano universal. Los años transcurridos no han podido borrar la realidad del Profesor Quiroz. Tenemos la impresión de haberlo conocido en la escuela primaria, o si no, seguramente lo encontraremos algún día a nuestro lado en el camión, o será nuestro vecino de banca en un cine de barrio. Lo recono-

ceremos de inmediato por su aire antañón y melancólico, por su aspecto de fracasado que trata de cubrir las apariencias.

Angel de Campo era un miembro de la clase media, y sus simpatías estaban con los débiles, con los que sufren, con los campesinos, y con los moradores del barrio pobre. Uno de sus críticos, Maillfert, observó atinadamente que todos los objetos del mundo de Micrós latían "como un corazón bajo la camisa pobre de un empleado".



Micrós: "humorismo peculiar"



Una reciente edición

(Al referirme en el título a un alma de barrio, no temí caer en la sensiblería: me tranquilizó reflexionar que Micrós perteneció a una época en la que aún nadie pretendía deshumanizar el arte. Tiempos felices. Se desconocían el existencialismo y las bombas atómicas, y nadie llamaba cursi a quien se condolía de los sufrimientos de sus semejantes.)

La ternura predomina en el espíritu de Micrós. Clara prueba de ello es su predilección por los niños y por los escolares, a los que sitúa en un mundo entre humorístico y sentimental que tiene parentesco con el de Edmundo de Amicis. La compasión de Micrós no se limita a los humanos, sino que se extiende a los animales y a los seres inanimados. El ejemplo más conocido es "El Pinto", donde se narra la triste existencia de un perro callejero; pero hay otros ejemplos.

Angel de Campo era un tenaz observador de la realidad. No desdeñaba vivir la vida común y corriente para subirse a la torre de marfil. Después de leer sus crónicas y sus cuentos, es fácil imaginarlo deambulando lentamente por los barrios bajos, curioseando a través de las puertas y las ventanas, deteniéndose a escuchar una guitarra que tañen manos nostálgicas, y espiando el paso de los transeúntes mal vestidos.

Pero Angel de Campo no sólo vivía y sentía, sino que además procuraba dominar el oficio. Tuvo la clara conciencia de que la maestría no se alcanza sin la debida preparación cultural, y sin un método de vida y trabajo rigurosos.

Mientras sus bohemios compañeros de generación dilapidaban el tiempo charlando y soñando en las cantinas y en los cafés, Micrós leía, estudiaba, y se ejercitaba en las letras. "Su existencia era —lo dice la voz confidencial de Luis G. Urbina— un modelo de orden: una existencia clara, limpia, de hombre honrado que sabe tener en calma el espíritu, porque sabe también tener la abnegación del deber. Su aspiración era el método. No cometió jamás locuras ni calaveradas con nosotros. El siguió la senda recta de una admirable burguesía. Las tempestades de su corazón se estrellaron en los diques de su carácter."

Se ha reconocido ampliamente que el genio, el talento, y la inspiración son consecuencia del trabajo, y también que éste sólo da frutos dentro de un clima de tranquilidad. Por otra parte, igualmente es cierto que algunos artistas pudieron crear en medio de grandes tormentas morales; pero no todos están dotados de la fuerza explosiva del genio, y deben elegir entre el recogimiento y el trabajo o la nulidad. Angel de Campo, a quien ni sus más fervientes admiradores han catalogado como genio, tuvo que someterse a una vida metódica y de trabajo.

Micrós no era un creador de grandes mundos de la fantasía, sino el pintor de pequeños cuadros realizados a base de primor en el detalle.⁴ Esta labor de miniaturista no desvirtúa su autenticidad. Parece que en su persona y en su vida había una predestinación a los concentrados y a las esencias: pensemos en su persona que los caricaturistas representaban como un ratoncito, en su pseudónimo (Micrós) que parece un eco de lo

pequeño, en su condición de mexicano que ama el diminutivo en el lenguaje y en la artesanía.

Afirman los historiadores que Angel de Campo renunció a la carrera de medicina para dedicarse a la literatura y al periodismo... Quizá él prefirió seguir el camino de la inmortalidad a un oscuro destino de médico de barrio. Y tal vez se le pueda calificar de periodista por haber escrito en los periódicos; pero más que periodista era un cronista de la ciudad, un poeta en prosa del suburbio, un andariego perseverante capaz de llegar hasta el barrio extramuros en seguimiento de la noticia.

Pero el costumbrismo de Micrós se aparta de la objetividad fotográfica. La mano del artista retoca los cuadros de costumbres. Un toque aquí y otro allá destacan convenientemente la intención creadora. Angel de Campo trata de transformar y de explicar la realidad, y de imprimir un orden ideal en el caos del universo. Para ello se vale de la moraleja; pero su sentido moral no aburre, ni es un hipócrita artificio de pornógrafo para salvar las apariencias. Su moral actúa como revelador de la verdad que palpita detrás de todas las cosas, y a la vez denuncia a la injusticia como una causa de disminución de la vida.

A pesar de sus buenas intenciones los moralistas nunca han sido creadores; en cambio todos los grandes creadores han poseído un profundo sentido moral. Cuando Angel de Campo cuenta la muerte de un perro en el muladar ("El Pinto"), mediante la reflexión moral confiere categoría artística al lugar común:

"La sombra tendió sus alas de buho en aquel cementerio de cosas viejas y animales muertos. Cementerio sin epitafios.

"¡Cuántos en la plebe son como Pinto!

"¡Cuántos desdichados hay que con forma humana no son sino perros que hablan y que visten pantalones!"

A pesar de sus tendencias moralistas Micrós no cae en el humor negro. Su espíritu equilibrado, en lugar de amargar-

se, encuentra una compensación en el humorismo. Es el suyo un humorismo peculiar —especie de comicidad romántica— que mueve a la risa y a las lágrimas. Comienza por burlarse de la pequeñez de la existencia y termina por unirse al llanto de la humanidad. Pero llora más bien para consolarse que obedeciendo a la desesperación: tiene fe —optimismo conformista— en el destino del hombre.

El diálogo es un elemento valioso en la prosa de Angel de Campo. Gracias a un vocabulario ágil y chispeante los personajes manifiestan una verdadera vida



"los moradores del barrio"



Urbina: el amigo íntimo.

interior. Por él cobran verosimilitud; se apartan del dibujo lineal y entran en el mundo de las tres dimensiones. Escucharlo es oír a un mexicano en los momentos de intimidad. Pero su virtud no es gratuita. La imitación del lenguaje hablado en Micrós no adquiere la forma del descuido, como en otros realistas. Por el contrario, él domina el idioma, y su copia del habla popular es un recurso artístico deliberado. El interés por los mexicanismos lo llevó a adentrarse en el terreno de la lingüística. En una de sus crónicas, con singular pasión, recoge y da el significado de muchos modismos que existen sobre el tema del petate.

El espíritu de Angel de Campo se caracterizaba por su flexibilidad. El escritor lo mismo adoptaba neologismos de los más diversos orígenes que se regocijaba en descripciones de escenas y objetos típicamente mexicanos. Micrós poseía el don de la justicia en alto grado: si alababa los valores nacionales, no por ello se desentendía de nuestros defectos, ni dejaba de reconocer (acto a veces heroico en los países donde predomina el nacionalismo) los méritos de los extranjeros. Una muestra de esto último son las páginas que tituló: "La buena intervención francesa".

Si Micrós careciera de todo valor literario, aún quedaría su persona moral como saludable ejemplo para la carrera del escritor. Supo cultivar las virtudes del literato que eran —que siguen siendo— tan raras en nuestro medio: no buscó la fama por caminos tortuosos; se interesó por los humildes sin reclamar el título de redentor; estudió la gramática sin sentar plaza de purista; pero tampoco aspiró a la pureza de los que no leen para no padecer influencias; acostumbraba encerrarse en la soledad de las bibliotecas, pero en la calle no se comportaba como un misántropo; era aficionado a los epigramas, pero sus juegos de palabras no estaban inspirados por la amargura o el despecho.

1 *Ocios y apuntes, La Rumba; Cosas vistas, y Cartones.* Colección de Escritores Mexicanos, 76, 77. Ed. y Próls. de María del Carmen Millán. Editorial Porrúa.

2 Año en que nació Angel de Campo.

3 En esta época se fundaron 35 nuevas revistas. Para un conocimiento más amplio de este período ver: José Luis Martínez, *La expresión nacional.*

4 "...camarones secos que no pareceis cosa de comer, sino curiosidades de museo, enjutos, demacrados, ojerosos, momias con camiseta de pergamino y rellenos de polilla marítima." Descripción de Micrós digna de las mejores greguerías de Ramón Gómez de la Serna.



"más que periodista era un cronista de la ciudad"